

ISSN 1409-1038

girasol

Revista de la Escuela de Estudios Generales
Universidad de Costa Rica



Agosto de 2004
Número Extraordinario

COMISIÓN EDITORIAL

Dr. Gustavo Adolfo Soto V.
M.L. Guillermo Barzuna P.
Dra. Annie Hayling F. (Directora de la Revista)

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Arnoldo Mora R.
Dra. Annie Hayling F.
Dr. Gustavo Adolfo Soto V.
Dra. María Lourdes Cortés P.
M.L. Guillermo Barzuna P.

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Sección Diseño Editorial
Universidad de Costa Rica

PORTADA

"Cocorí". Tomado de la 11ª edición de *Cocorí* realizada por EDUCA, 1997, p. 46.

EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

© 2004

www.editorial.ucr.ac.cr/ editucr@cariari.ucr.ac.cr

Todos los derechos reservados conforme a la Ley.

Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio"

San José, Costa Rica

144.05

G521g

Girasol: Revista de la Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica. – 1 (abr. 1996) – San José, C.R.: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1996-
v.

Anual

ISSN 1409-1038

1. HUMANISMO- PUBLICACIONES PERIÓDICAS

1. Título.

La Revista *Girasol* es una publicación anual de la Universidad de Costa Rica, financiada por la Vicerrectoría de Investigación, con el apoyo del Sistema Editorial de Difusión Científica de la Investigación (SIEDIN).

CULTURA, IDENTIDAD E INTEGRACIÓN EN AMÉRICA LATINA: LATINOAMERICANISMO VERSUS PANAMERICANISMO

M. Sc. Rafael Cuevas Molina¹

Dice Ignacio Medina² que los procesos de integración en el continente americano están girando en torno a tres grandes modelos que se entrecruzan continuamente pero que pueden tener significados y futuros diferentes: el proyecto panamericano, el iberoamericanismo y el latinoamericano. El primero ha dado tradicionalmente una gran importancia a la integración económica bajo el liderazgo de los Estados Unidos; los dos últimos parten del hecho de una identidad cultural forjada en varios siglos para aspirar a un desarrollo más equilibrado que pueda propiciar una mejor distribución de la riqueza nacional.

El primer modelo tiene su origen en la conferencia panamericana convocada por los Estados Unidos, realizada en 1889 y que tiene su prolongación en la Iniciativa de las Américas del ex presidente George Bush y cuyo intento de concreción se manifiesta en el proyecto de la Alianza de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

El segundo se expresa en las cumbres iberoamericanas que empezaron a partir de 1991 en Guadalajara, México. Incluyen a España y Portugal y resaltan una comunidad cultural en la parte del continente americano que viene de los tiempos de la colonia.

El tercer proyecto parte del sueño de Bolívar sobre la gran patria hispanoamericana y portuguesa en donde se piensa una unión de repúblicas con el reto de enfrentar su propio desarrollo independientemente de España y los peligros del destino manifesto de Norteamérica a partir de la doctrina Monroe en 1823. El nombre general que

fue logrando la identidad de estas naciones fue el de América Latina, introducido por los franceses, pero aceptado en la terminología oficial de los Estados y en el lenguaje común de los pueblos³. La visión de Bolívar tuvo su continuidad en el pensamiento de José Martí a finales del siglo XIX, el cual utilizó el concepto de Nuestra América y acentuó en la dimensión antiimperialista que debía caracterizar la acción conjunta de los países ubicados al sur del Río Bravo.

Dentro del conjunto de proyectos actuales (en los cuales se incluyen el del Mercosur, el de la integración centroamericana, el de la cumbre del Caribe, el Pacto Andino y otros), existen dos visiones al interior del continente que se han ido consolidando. El uruguayo Arturo Ardao las ha definido como panamericanismo y latinoamericanismo⁴, denominaciones de dos proyectos totalmente contrapuestos.

El primer proyecto, el del panamericanismo, estaría dominado por el protagonismo subordinante de los Estados Unidos de Norteamérica, en un intento que originalmente, en el siglo XIX, pretendía impedir los vínculos de América Latina con Europa para hacer prevalecer el ingreso de sus productos en los mercados latinoamericanos. Tanto Bolívar como después José Martí advirtieron con insistencia del peligro que representaba el nuevo papel que querían asumir los Estados Unidos. El presidente norteamericano Wilson, a principios del siglo XX, logró oficializar algunos puntos de la Doctrina Monroe al introducirlos, por ejemplo, en el artículo 21 de la Carta de la Sociedad de Las Naciones: Estados Unidos se sentía

con el derecho a intervenir en los asuntos internos de Latinoamérica con el objeto de restablecer el orden interno o para defender intereses de ciudadanos norteamericanos. Anteriormente, el presidente Buchanan, en un mensaje a las Cámaras legislativas de su gobierno, en 1857, quiso entronizar la doctrina del Destino Manifiesto al hablar del "imperialismo de raza". Este tipo de panamericanismo tomó tintes dramáticos con el intervencionismo del republicano Theodore Roosevelt y su política del *Big Stick*, a principios del siglo XX, la cual siguió prevaleciendo, aunque bajo formas más blandas, durante las administraciones de Franklin D. Roosevelt (1936-1944), quien proclamó su política del Buen Vecino. A partir de la década del 80 del siglo XX, se observan cambios sustantivos en el sistema económico internacional. Se asiste al establecimiento de nuevas propuestas norteamericanas como La Iniciativa para la Cuenca del Caribe y el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica -TLC-. Tales propuestas pueden observarse desde la perspectiva histórica asentada en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, y considerarse como formando parte del interés estratégico de la política estadounidense vinculado a su seguridad nacional, así como de la preocupación por controlar un mercado latinoamericano que le permita competir en las actuales condiciones del comercio internacional.

El término panamericanismo fue perdiendo terreno a lo largo del siglo XX por su vinculación con las políticas intervencionistas y por la legitimación que fue ganando el principio de no intervención.

Para finales del siglo XX, la Iniciativa de las Américas del Presidente George Bush y las Cumbres de las Américas en Miami (1994) y Santiago de Chile (1998), con sus especificidades y matices, representan una continuidad con el proyecto panamericano del siglo XIX. La posición ideológica panamericana representada en las Cumbres de las Américas ha querido dejar atrás las posturas del Destino Manifiesto para presentarse no sólo como un proyecto de integración económica y comercial sino, también, como una alternativa para el desarrollo al vincular, por primera vez, el postulado del libre comercio con la necesidad de combatir la pobreza, fortalecer la educación, la

democracia y el respeto a los derechos humanos. Esta postura es la que motivó al presidente Clinton a comparar los propósitos de la primera Cumbre de las Américas con los postulados de Bolívar sobre la gran patria americana.

El otro modelo de integración es el de la visión latinoamericanista, cuyos primeros elementos los perfiló Francisco de Miranda con su idea de la Gran Colombia⁵, la cual quedó reducida a Venezuela y Nueva Granada; mientras que Bolívar, en su propuesta de unión de repúblicas, empezó a proponer distintos nombres como América del Sur y América Meridional. La convocatoria del Congreso de Panamá propuesto por Bolívar es el primer antecedente de proyecto sobre unidad y soberanía de esta parte de América.

Aunque el nombre de América Latina nos vino de Francia, se fue arraigando para significar el conjunto de naciones de habla hispana y portuguesa, añadiéndose también la república de Haití. Este fue utilizado desde la década del sesenta del siglo XIX (José María Torres Caicedo, Eugenio María de Hostos). Este concepto se vio enriquecido, aunque con otra denominación -la de Nuestra América-, con las ideas y reflexiones del cubano José Martí a finales del siglo XIX. Su postura acentúa la independencia y la valoración de la identidad de los pueblos latinoamericanos frente a los europeos y norteamericanos, sobre todo como reacción contra el argentino Domingo Faustino Sarmiento quien en su texto *Civilización y barbarie*, identifica a los europeos con la civilización y a los americanos con la barbarie y el salvajismo. El latinoamericanismo se verá enriquecido conceptualmente en distintos momentos históricos, las más de las veces vinculados a situaciones políticas específicas en las cuales los Estados Unidos tuvieron participación protagónica. Aunque a finales del siglo XX no es posible todavía hacer referencia concreta a un proyecto político latinoamericano, es evidente que las ideas a su alrededor se han profundizado y expandido. Hay que ver la utilización del término en el ámbito académico cultural pero también en los proyectos de organizaciones internacionales con reconocimiento oficial como lo fue la CEPAL en 1948, la ALALC en 1961 y la constitución del SELA en 1975. En todo este proceso ha

resaltado también la iniciativa de las Cumbres Iberoamericanas pero como un proceso que se suma al proyecto latinoamericano. En ellas, hay que resaltar, primero, que su surgimiento y desarrollo se ha realizado sin la convocatoria y participación institucional de los Estados Unidos; en segundo lugar, junto a los países latinoamericanos aparecen España y Portugal en una convergencia casi natural, fortaleciendo parte de la herencia cultural de América Latina; en tercer lugar, dada la situación económica y política de España y Portugal, no se puede concebir algún tipo de imperialismo o dominación de sus gobiernos en el contexto de las cumbres iberoamericanas.

Como se indicó anteriormente, al establecer una comparación entre el modelo panamericano y el latinoamericano, se echa de ver con evidencia que el segundo pone especial acento en los aspectos de índole cultural, especialmente en aquellos que tienen que ver con la llamada *identidad latinoamericana*. Es, por lo tanto, importante identificar el itinerario que ha tenido la idea de *identidad latinoamericana*.

Inicialmente, en la primera mitad del siglo XIX, en los nacientes Estados independientes de América Latina, las clases dominantes entendieron su identidad contradictoriamente: como heredera de una hispanidad que representaba "lo que se quería dejar" en el pasado puesto que se identificaba con el atraso. Por otro lado, sin embargo, las identidades populares, representadas fundamentalmente, aunque no exclusivamente, por las indígenas y negras, no eran vistas como alternativas frente a la identidad hispánica. Más adelante, la construcción de los modelos identitarios transitó, durante la segunda mitad del siglo XIX, amparados por los procesos de "invención" de las naciones, los cuales fueron impulsados por las nacientes burguesías que iniciaban su vinculación a los mercados mundiales. Se trata de los procesos signados por la ideología liberal, los cuales impulsaron un proyecto civilizatorio que buscaba integrar culturalmente los muy distintos componentes de las nacientes naciones bajo la égida de la identidad unificada del estado-nación. Esto significó, necesariamente, la marginación de muchas de las identidades que existían en el territorio de estos estados

nacionales, marginación que significó para algunas los riesgos de la desaparición y para todas una lectura desde lo dominante hegemónico. Los esfuerzos de los grupos dominantes de las naciones latinoamericanas estuvieron orientados en este período, desde el punto de vista de la vinculación entre identidad e integración, a la conformación de modos de ser nacionales que fueran representativos de estados integrados y cohesionados alrededor de una cultura que respondía a las necesidades e intereses del afianzamiento del capitalismo dependiente agroexportador. La identidad dominante que se construyó en este contexto fue contradictoria estructuralmente. Por un lado, acató normas y valores importados de los centros metropolitanos con los cuales se establecieron los más fuertes vínculos económicos y comerciales, esto es, Inglaterra y Francia. Se hizo, entonces, de buen tono, hablar francés e importar bienes suntuarios de esos países, especialmente de Francia. Al mismo tiempo, se amueblaron las ciudades con una estatuaría totalmente espuria desde el punto de vista estilístico, en la cual quedó patente la impronta del neoclásico. Pero, por otra parte, y a partir de ese aparataje ideológico importado, hubo también una necesidad de vincularse a lo telúrico, a lo propio, como elemento esencial para lograr un imaginario que pudiera satisfacer la necesidad de incorporar a los sectores populares al proyecto hegemónico, para así lograr la integración ideológica y cultural de la nación. Es entonces cuando nacen los personajes prototípicos de la literatura latinoamericana, el gaucho, el guajiro o el llanero, idealizados desde las alturas del punto de vista eurocéntrico local.

El ideario de la identidad latinoamericana conoce otro momento de quiebre y recomposición en los años 30 del siglo XX. Acá, ante la cada vez más innegable y contundente presencia de los Estados Unidos en América Latina, y bajo la impronta del crecimiento de las posiciones ideológicas asociadas al pensamiento radical, aparece con fuerza la dimensión antiimperialista que ya había conocido, como mencionamos antes, precedentes importantes en el pensamiento de José Martí. El ideario integracionista centrado en la identidad cultural de América Latina conoce distintos momentos cumbres en este período. Acá encontramos

a José Vasconcelos y su concepto de la raza cósmica; a Haya de la Torre y su noción de Indoamérica, etc. Tienen en común estas posiciones el llamado a conjuntar el trabajo de los latinoamericanos en función de la pertenencia a una "raza" latina en contraposición a la "raza" sajona. El concepto de "raza" hace alusión acá, más que a aspectos de carácter biológico o genético, a los de carácter cultural. En este sentido, los "sajones del norte" se mueven bajo la impronta del pragmatismo y buscan dominar y explotar a los "latinos del sur". De acá deriva el llamado a una unión, que no integración, de los pueblos latinoamericanos bajo consignas de carácter antiimperialista. Un ejemplo significativo en este sentido lo constituye Augusto Cesar Sandino quien, dadas las condiciones de intervención en las cuales se encontraba su país, Nicaragua, acentuará de manera ostensible la necesidad de la unidad antiimperialista y las diferencias culturales entre el Norte y el Sur del continente. Inmerso en el contexto de la influencia del APRA en América Latina, y de las concepciones de la raza cósmica, remarcará insistentemente sobre la especificidad de la "raza indohispana", y sobre las diferencias de percepción y compromiso con un proyecto como el suyo -nacionalista, latinoamericanista y radical-, en función del origen social⁶.

El caso de Sandino es propicio para evidenciar y remarcar que, de acuerdo con el momento histórico en el que estas ideas se desarrollan, éstas siguen estando signadas y determinadas por el concepto de nación. De ahí que los llamados sean más bien hacia el trabajo conjunto, hacia la solidaridad o, eventualmente, hacia la confederación. Otro aspecto que debe remarcarse es que este es un período en el que las principales propuestas en torno a la identidad latinoamericana parten desde posiciones políticas e ideológicas que toman partido por los sectores populares que antes, en el proyecto liberal, habían sido marginadas como protagonistas del proceso. Es por ello que se remarca tanto en la dimensión de lo indio. Estas posiciones deben entenderse, sin embargo, como tributarias de una forma de acercamiento a lo popular que no deja la impronta de lo dominante. En este sentido, la identidad de "los de abajo", al decir de Mariano Azuela, es importante -en las artes por ejemplo-, solamente en la medida en que sus

creaciones son retomadas, pulidas y resemantizadas desde lo culto, que en este caso debemos asociar con aquello que tiene como modelo lo europeo o norteamericano. Integrar, en este caso, significa *asimilar*. Esta será la posición que, en el orden de lo cultural, dominará el panorama latinoamericano en los años cuarenta y cincuenta.

Las posiciones más claras en la dirección asimilacionista serán las del indigenismo oficial. Como dice el antropólogo guatemalteco Carlos Guzmán Böckler⁷, en este período se funda el Instituto Indigenista Interamericano, que es una rama de la Unión Interamericana. En ella, son los gobiernos, empezando por el gobierno de los Estados Unidos, los que disponen reglas comunes para tratar con la población indígena. Es decir, se hace una federación de los antagónicos a los indígenas para hablar con ellos y se organiza el Primer Congreso de Pátzcuaro, Michoacán, aprovechando la coyuntura de la Revolución Mexicana; es decir, es el momento en que se ha estabilizado finalmente México. Lázaro Cárdenas, justamente, es el que participa por México en la fundación del Instituto.

Asimilar significa acá borrar las diferencias culturales más notorias y significativas que viven al interior de las fronteras de los estados-nación. Este borramiento por medio de la asimilación está dirigido, en última instancia, al etnocidio (inclusivo armado y violento), en aras de la prevalencia de la cultura dominante, generalmente ladina, urbana, letrada y "moderna".

Como se puede derivar de lo expuesto hasta acá, proponemos que el problema de la integración ha estado vinculado en América Latina, desde el siglo XIX, fundamentalmente al de ver cómo se integran las partes disímiles y múltiples que conforman el estado-nación; al de ver cómo éste adquiere dominio -o legitimidad o, eventualmente, consenso- sobre los componentes que se encuentran dentro del contorno de sus fronteras. Esa ha sido, proponemos, la preocupación fundamental de los sectores dominantes.

Planteamos, por lo tanto, con carácter hipotético, que, históricamente, en el espacio del latinoamericanismo la preocupación principal de los

sectores dominantes ha estado centrada en lograr la integración nacional antes que la continental, y que sólo los proyectos radicales, que involucran la dimensión antiimperialista o, menos tajantemente, que contraponen los intereses norteamericanos a los latinoamericanos, acentuaron en la necesidad de buscar el trabajo conjunto entre los distintos estados nacionales formados al amparo geopolítico de América Latina. Estos representan la forma como se expresa la concepción de lo nacional desde la perspectiva de lo popular que no deja, sin embargo, de ser tributaria de límites provenientes de la concepción dominante en relación con la integración.

En nuestros días se avizora la posibilidad de superación de estos límites. Por una parte, es conocido el cuestionamiento a la soberanía de los estados nacionales que surge de la dinámica de la globalización de los capitales y la cultura. Por otra, el surgimiento de movimientos importantes que tienden a afirmar y defender las diferencias culturales. Ambos procesos son caras distintas de una misma moneda. El debilitamiento de la legitimidad de los estados nacionales lleva a la posibilidad del aflojamiento de los amarres que mantenían maniatados a los distintos pueblos bajo su égida. De acá nacen dos posibilidades: la de la integración "desde arriba", que se realice bajo el predominio de los intereses norteamericanos, y la de la integración "desde abajo", que surja a partir de la voluntad de los sectores populares.

El sujeto popular en estas condiciones es multiforme y apenas inicia el proceso de superar la simple oposición. El encuentro de Porto Alegre del año 2001 constituye un hito en este sentido. Sus planteamientos no tienen aún la organicidad que requerirían para constituir un programa alternativo que incluya la problemática de la integración. En sus ideas iniciales se puede constatar, sin embargo, que la dimensión social y cultural adquiere una gran relevancia. En lo referente a la cultura, se puede palpar una concepción en torno a ella que va más allá de la comprensión de la cultura como circunscrita a la limitada esfera de las artes y la educación, aunque las integra. En este sentido, la cultura se asocia a la noción de *calidad de vida*, la cual involucra la idea de un desarrollo respetuoso de la cultura entendida ésta como modo de estar

en el mundo (natural y artificial). Los intereses que prevalecen desde esta óptica no son los de los grandes intereses transnacionales sino los de las comunidades, las regiones y los países de América Latina. De acá habría que derivar una idea de integración latinoamericana que tomara en cuenta integralmente al ser humano, como ser bio-psico-social cuyas necesidades prioritarias suponen pero no se agotan en el ámbito de lo económico.

Es nuestra opinión que en la construcción de esa alternativa integral latinoamericanista los intelectuales deben jugar un papel importante. Y una de las tareas centrales que a éstos se le imponen es la de buscar la forma de hacer propuestas que sean integrales, multidimensionales, polimórficas; es decir, que sepan salir del esquema del pensamiento que parcela el conocimiento y, por lo tanto, las propuestas. Se impone, por lo tanto, el trabajo interdisciplinario que busque integrar aquellos aspectos que tradicionalmente se han encontrado fuera de sus intereses centrales. Y dentro de estos aspectos, el de la cultura deberá ocupar un papel de primer orden.

NOTAS

- 1 Director de la Maestría en Estudios Latinoamericanos (POSLATINO) del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional, Costa Rica.
- 2 Ignacio Medina Núñez.; "Diversos caminos para la integración". *Integración cultural de América Latina y el Caribe: desafíos para el tercer milenio*. AUNA, Cuba, 2000. p29.
- 3 Rafael Cuevas Molina. "Notas sobre la idea de América Latina". *Temas de Nuestra América*. Nr. 57. Panamá. 1989. *Temas de Nuestra América*, revista del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA) de la Universidad Nacional, Costa Rica y en la revista *Nuevo Humanismo* del Centro de Estudios Generales de la Universidad Nacional, Costa Rica (1989).
- 4 En Leopoldo Zea (coordinación e introducción); *América Latina en sus ideas*, Siglo XXI Editores-UNESCO, 2ª. Ed., México D.F.; 1993.

- 5 Véase Sergio Guerra Villaboy; "La idea y el nombre de América Latina. El problema de la denominación de nuestros continente"; en *Debates Americanos* N°.7-8, enero-diciembre 1999, La Habana.
- 6 Rafael Cuevas Molina; "El antimperialismo de Sandino en su dimensión ético-moral"; en revista *Repertorio Americano*; Instituto de Estudios Latinoamericanos; Universidad Nacional; Heredia, Costa Rica. (en prensa)
- 7 *Movimientos étnicos contemporáneos en América Latina*; Conferencia inaugural de la Maestría en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional, Costa Rica; 2000; p.9.

BIBLIOGRAFÍA

Cuevas Molina, Rafael, ; "El antimperialismo de Sandino en su dimensión ético-moral"; en revista *Repertorio Americano*; Instituto de Estudios Latinoamericanos; Universidad Nacional; Heredia, Costa Rica. (en prensa)

Cuevas Molina, Rafael; "Notas sobre la idea de América Latina". *Temas de Nuestra América*.

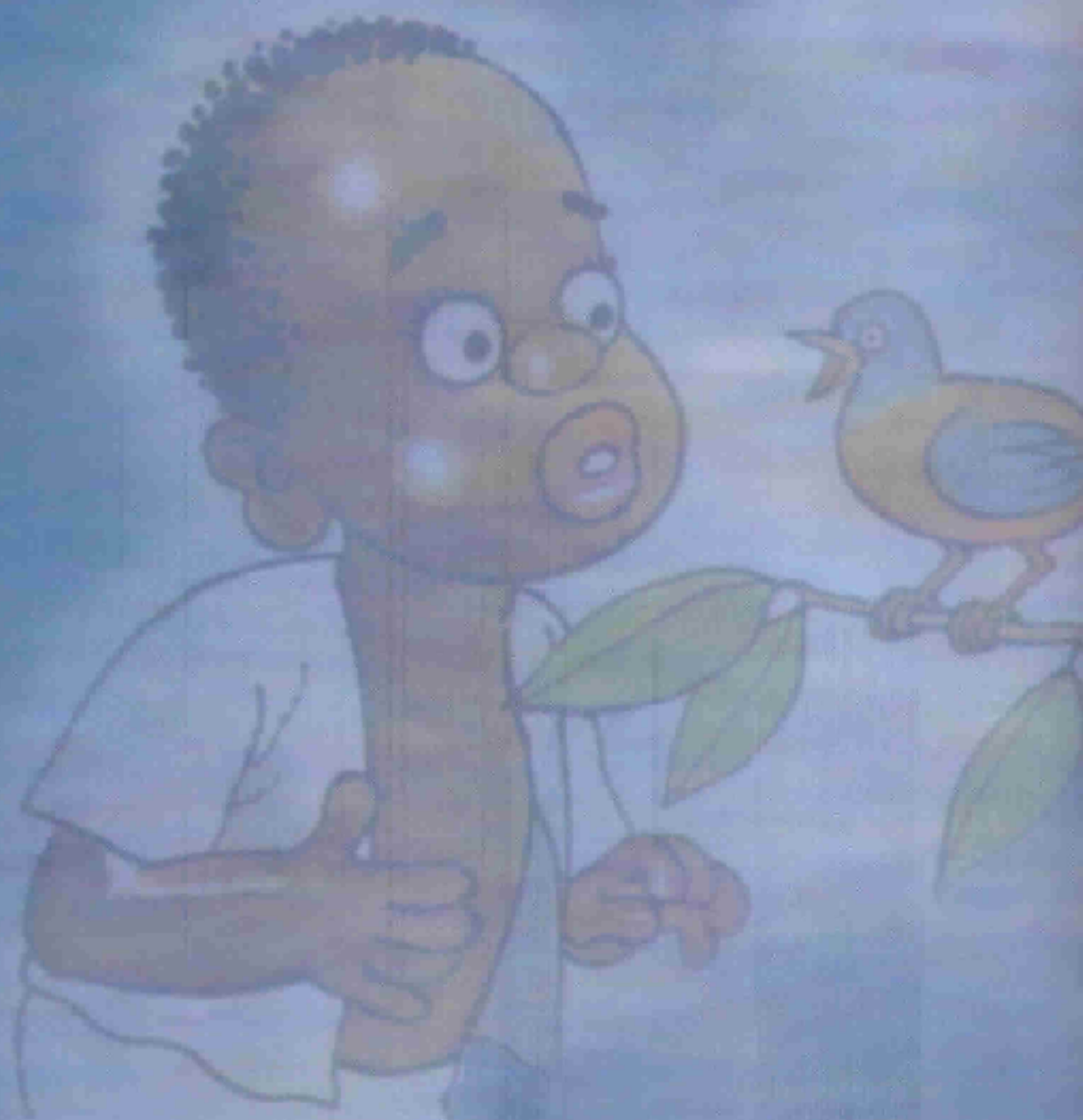
Nr. 57. Panamá: 1989. *Temas de Nuestra América*, revista del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA) de la Universidad Nacional, Costa Rica y en la revista *Nuevo Humanismo* del Centro de Estudios Generales de la Universidad Nacional. Costa Rica (1989).

Guerra Villaboy, Sergio; "El nombre de América Latina"; en *América* N°.3, julio-agosto 2000, Año VI, La Habana.

Guzmán Böckler, Carlos, *Movimientos étnicos contemporáneos en América Latina*; Conferencia inaugural de la Maestría en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional, Costa Rica; 2000; p.9.

Medina Núñez, Ignacio; "Diversos caminos para la integración". *Integración cultural de América Latina y el Caribe: desafíos para el tercer milenio*. AUNA, Cuba, 2000. p29.

Zea, Leopoldo; (coordinación e introducción); *América Latina en sus ideas*; Siglo XXI Editores-UNESCO, 2ª. Ed., México D.F.; 1993.



*Editorial de la
Universidad de Costa Rica*

*Sesquicentenario de la Campaña
Nacional contra los filibusteros*

